

Sor Juana Inés de la Cruz la Décima Musa Mexicana

(1651 - 1695)

El 12 de noviembre próximo se cumplen tres siglos del nacimiento de Juana de Asbaje y Ramírez de Santillana, por nombre poético Julia, por nombre de religión y en el campo de las letras Sor Juana Inés de la Cruz, la Monja de México, el Fénix de México y la Décima Musa Mexicana, apelativos con que había de ser conocida no sólo en su patria sino en España y América y en todo el mundo cultural. Naturaleza privilegiada, precocidad de ingenio, ejemplar rarísimo, como Santa Teresa, de psicología varonil y femenina, verdadera mujer prodigio, ejemplo de curiosidad científica e innato deseo de instruirse, portento de sabiduría, de equilibrio de carácter, de inspiración poética, de dotes de mundo, y todo ello en un clima de claustro tan poco propicio para su asombrosa actividad.

I.—Trayectoria de su vida

Nace el 12 de noviembre del 1651 en la alquería de San Miguel de Nepanthla, en aquel lugar que es como el vértice del abietísimo ángulo que tiene al sur la cañada de Yacapixtla, y al noroeste el pueblo de Ozumba, cerca de Amecameca, a unas doce leguas de México. Fue hija de padre vasco, don Pedro Manuel de Asbaje, y madre mexicana, doña Isabel Ramírez de Santillana, de noble alcurnia.

No se sabe a punto fijo cuándo ni cómo llegó a esta nuestra América, desde la Madre Patria, a la casa de los padres de doña Isabel Ramírez de Santillana, españoles ambos, el guipuzcoano Capitán don Pedro Manuel de Asbaje y Vargas Machuca, nacido en la villa de Vergara, a las márgenes del alegre riachuelo de Deva que muere en el Cantábrico.

Lo cierto es que Inés recuerda con orgullo su origen vasco, y así en la dedicatoria del segundo tomo de sus obras, publicado en Sevilla, en 1692, escribe a D. Juan de Orbe y Arbieto, igualmente vasco: "Siendo como soy de rama de Vizcaya, y Vuestra Merced, de sus nobilísimas familias, de las casas de Orbe y Arbieto, vuelvan los frutos a su tronco, y los arroyuelos de mis discursos tributen sus corrientes al Mar a quien reconocen su origen".

"No había cumplido tres años de mi edad, cuando, enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo, a que se enseñara a leer en una de las que llaman *Amigas*, me llevó a mí tras ella el cariño y la travesura, y viendo que le daban lección, me encendí yo, de manera, en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer a la maestra, la dije que mi madre ordenada me diese lección: Ella no lo creyó, porque no era creí-

ble; pero por complacer al donaire, me la dió. Proseguí yo en ir, y ella prosiguió en enseñarme; ya no de burlas; y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía, cuando lo supo mi madre”.

Niña prodigio que a los tres años, como acabáis de oírle, aprendió a leer; que a los 6 ó 7, trasladada de la alquería a México, importuna a su madre para que le deje ingresar en la Universidad proponiéndole vestirse de hombre, ya que a las mujeres no les era permitido en esa época cursar estudios universitarios; que en veinte lecciones aprende el latín, si hemos de creer al testimonio de su propio profesor, el bachiller Martínez de Oliva, y que a los 15 años lee mucho y bien.

“Era tan intenso mi cuidado —nos dice ella misma— que siendo así que en las mujeres, y más en tan florida juventud, es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, e imponiéndome ley de que, si cuando volviese a crecer hasta allí, no sabía tal o cual cosa, que me había propuesto aprender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza. Sucedió así, que él crecía, y yo no sabía lo propuesto, porque crecía apriesa, y yo aprendía de espacio y le cortaba en pena de la rudeza; que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos, cabeza tan desnuda de noticias, que eran más apetecible adorno”. “Acuérdome que en esos tiempos me abstenia de comer queso, porque oí decir que hacía rudos, y podía conmigo más el deseo de saber que el de comer”.

Sorprendido el Virrey de México, marqués de Mancera, de la asombrosa erudición de esta criatura, la manda llamar a la corte y la hace dama de honor de la Marquesa. En el palacio de la Virreina, donde fue “desgraciada por discreta y perseguida por hermosa” es sometida por el Marqués a una especie de examen público ante un sanedrín de 40 letrados: profesores de la Universidad, escrituristas, filósofos, matemáticos, humanistas, etc. Y ella sale tan airosamente de la prueba, y se va desembarazando de todas las cuestiones, argucias y dificultades que cada cual en su disciplina le proponen, “a la manera que un galeón real se defendería de pocas chalupas que lo embistieran”. La comparación es del mismo Virrey.

Su fama creció desde entonces y su triunfo constituyó una verdadera consagración.

El 14 de agosto de 1667, cuando sólo contaba 15 años y nueve meses, entra, acompañada de sus amigos y protectores, el Virrey Mancera y la Virreina, en el convento de San José de Carmelitas descalzas, luego Santa Teresa de Antigua, reedificado diez y siete años después, convertido a fines del siglo XIX en el edificio de la escuela normal de maestros y ocupado ahora por la Universidad Nacional de México, de donde tiene que salir después de 3 meses de permanencia en él, gravemente enferma, para volver a ingresar de nuevo, pero ya definitivamente, el 24 de febrero de 1669, en el convento de San Jerónimo.

¿Qué le llevó a esta determinación tan ajena a sus propias aficiones cortesanas, literarias y científicas? ¿Alguna decepción amorosa? Quizá la tuvo. Muchas veces la gracia divina se sirve de estas cosas que humanamente se llaman fracasos. Lo que no puede dudarse es que la joven Juana de Asbaje entró religiosa por verdadera vocación y por el deseo de asegurar su propia salvación. Ella misma nos lo dirá claramente sin ningún ambaje. “Entréme religiosa porque aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accesorias hablo, no de las formales) muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir en materia

de la seguridad que deseaba de mi salvación: a cuyo primer respeto, como al fin más importante, cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias de mi genio, que eran de querer vivir sola; de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros. Esto me hizo vacilar algo en la determinación, hasta que, alumbrándome personas doctas de que era tentación, la vencí con el favor divino”.

Luego escribió a Sor Filotea de la Cruz: “Sabe también Su Majestad que no consiguiendo esto, he intentado sepultar con mi nombre mi entendimiento, y sacrificárselo sólo a quien me lo dió, y que no otro motivo me entró en Religión”.

“Sabe el Señor, y lo sabe en el Mundo quien sólo lo debió saber, lo que intenté en orden a esconder mi nombre y que no me lo permitió, diciendo que era tentación; y será”.

No entró, pues obligada. El deseo de su salvación y perfección propia pudo más en ella que todos los anhelos terrenos, aunque legítimos, y se determinó a dar este paso, después de consultar con personas doctas, es decir, sobrepensado. Queda pues fuera de duda que pudieron más en ella los intereses divinos de su alma que todas las aficiones mundanas y que el mismo apego a su libertad y al estudio que tanto le costó dejar.

Tal renuncia voluntaria fue premiada por Dios, al menos en parte. Su celda de San Jerónimo, convertida en una especie de laboratorio, museo y biblioteca a la vez, atraía a sí a todo lo más granado del Virreinato que afluyó a ella a consultar sus problemas. Allí seguía escribiendo con la misma lozanía y espontaneidad que antes, y a ella venían en consulta, o guiados por la admiración y la curiosidad, clérigos, doctores y funcionarios, sabedores de que allí, entre aquellas cuatro paredes de su celda, alentaba el cerebro más privilegiado de México. Desde allí, entre libros, esferas, mapas, y toda clase de aparatos científicos y matemáticos y hasta instrumentos músicos, la ilustre religiosa ejercía un influjo cada vez mayor en la cultura de México. La vida entera del Virreinato afluye a su celda, y de ella salen los versos para las solemnes ocasiones ciudadanas, los ingenuos villancicos y las discretas cortesanas, las comedias profanas y los autos sacramentales.

Pero tan continua dedicación al estudio, aun fuera de las horas de oración que nunca abandonó como religiosa observante que era, no a todos pareció tan propio de una religiosa, y hubo una prelada “muy santa y muy cándida —son palabras de Sor Juana— que creyó que el estudio era cosa de Inquisición, y me mandó que no estudiase: yo le obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar) en cuanto a no tomar libros, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer; porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras, y de libro toda esta máquina universal”.

Muchos más pormenores de su vida, verdadera novela, han llegado hasta nosotros contados por ella misma, particularmente en la célebre carta al famoso predicador de la corte P. Antonio Vieira, quien después de una fuerte polémica con la monja, le aconseja que deje el camino de la poesía.

Más tarde en los últimos años de su vida, impresionada por los sermones del Arzobispo de México, en una renunciación completa a Dios de sus aficiones, se deshace, para entregar a los pobres su valor, de su más caro tesoro: su biblioteca de más de 4.000 volúmenes, instrumentos de músi-

ca y aparatos de ciencia, sus joyas y cuanto tenía en su celda; todo lo da a los pobres, sin reservarse más que "tres libricos de devoción y muchos cilicios y disciplinas"; tras de lo cual hizo confesión general que duró muchos días, escribió y rubricó con su sangre dos protestas de fe y una petición causídica al Tribunal Divino, y comenzó a atormentar sus carnes tan dura y rigurosamente, que sus superiores tuvieron que irle a la mano en el exceso de sus penitencias. Su muerte fue corona de su vida: murió en una epidemia, asistiendo a sus hermanas. Declarada una peste en la ciudad contrajo el mal, al ejercitar en el convento el oficio de enfermera, y murió el 17 de abril de 1695, a las cuatro de la mañana, cuando sólo contaba 43 años.

II.—*Clima ambiente literario*

El ambiente literario en que le tocó vivir a Sor Juana Inés de la Cruz, es el del peor gusto de la literatura colonial y española. Penetrada toda la producción de aquel tiempo de un conceptismo alambicado que sustilizaba y adelgazaba los pensamientos más triviales, y del culteranismo más extravagante que ponía el placer estético en un malabarismo de palabras, difícilmente podría sustraerse al gusto de la época Sor Juana Inés, cuyo ingenio agudo, fantasía tropical y agilidad de pluma, le incitaban a ello; y si no se despeñó más en ese abismo de extravagancias, fue por la seriedad de su vida y su claro talento.

Góngora, su autor predilecto, había pasado a la categoría de clásico, y *Las Soledades* y la *Fábula de Polifemo y Galatea*, las obras más características de este gusto estragado, se leían y comentaban en las clases juntamente con las de Homero y Virgilio.

Los títulos de las obras de ese tiempo son la mejor prueba de este mal gusto. Un autor ascético titula su obra "Alfalfa espiritual para los borregos de Cristo", "Triunfo Parthénico" se llamó una colección de poesías de los certámenes de la Inmaculada publicada por Sigüenza y Góngora, y, "El Belerofonte matemático contra la Quimera astrológica" otro libro del mismo autor. "Exaltación magnífica de la Betlemítica rosa de la mejor americana Jericó". "Ecos de las cóncavas grutas del Monte Carmelo y resonantes balidos tristes de las Raqueles ovejas del aprisco de Elías Carmelitano", son títulos de libros del bachiller Pedro Muñoz de Castro.

El primer tomo de los versos de Sor Juana Inés de la Cruz, publicado bajo los auspicios de la Condesa de Paredes, su gran protectora, lleva el flamante título de "Inundación castálida de la única poetisa, musa décima, Sor Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa en el monasterio de San Jerónimo de la imperial ciudad de México; que en varios metros, idiomas y estilos fertiliza varios assumptos, con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos, útiles versos para enseñanza, recreo y admiración" (En Madrid, por Juan García Infanzón. Año 1689, 4°).

En este ambiente de rebuscamiento y de farragosa palabrería le tocó desenvolverse a Sor Juana Inés de la Cruz, y no es poco mérito el suyo el haberse podido substraer a estas aberraciones en algunas de sus mejores poesías.

Sólo así nos explicaremos que un entendimiento de tan preclaro ingenio adolezca en casi todas sus obras poéticas de cierto conceptismo y alambicamiento. Cada uno es hijo de su siglo. Imposible, pues, exigir a

Sor Juana no se le pegara algo de ese vicio de la época, de que no se pudieran librar ni las mismas cumbres de nuestro teatro: Tirso, Lope y Calderón. Más, Quevedo, Jáuregui, Lope, etc., que tanto se burlaron de Góngora, le rindieron también tributo de admiración al imitarle y aun plagiarle algunas veces.

Con todo, casi exentas de estos defectos gongorinos se encuentran sus mejores obras: "El Divino Narciso", la comedia "Los empeños de una casa" y algunas de sus redondillas y sonetos.

Hacemos nuestras las ideas del insigne crítico Menéndez y Pelayo al decir que lo más bello de sus poesías espirituales se encuentra en las canciones que intercala en el auto de El Divino Narciso, lleno de oportunas imitaciones del Cantar de los cantares y de otros lugares de la poesía bíblica. Tan bellas son y tan limpias, por lo general, de afectación y de culteranismo, que mucho más parecen del siglo XVI que del siglo XVII, y más de algún discípulo de San Juan de la Cruz y de fray Luis de León, que de una monja ultramarina cuyos versos se imprimían con el rótulo de Inundación Castálida". (Menéndez y Pelayo, Introducción a la Antología de Poetas Hispanoamericanos p. LXXII).

De su producción lírica sobresalen sus composiciones satírico-sentenciosas. Algunas de ellas rebosan indignación, como aquellas redondillas que se han hecho famosas, aunque no están exentas tampoco de gongorismo, contra la injusticia de los hombres de hablar de las mujeres.

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis;
si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

No se puede negar que hay a través de toda la composición una re-criminación bien desarrollada, y con desenfado de pluma, contra los hombres que se quejan de las cosas de las mujeres de que ellos mismos son causantes.

Esta espontaneidad y facilidad de versificación la notamos en todas sus poesías ligeras: endechas, redondillas, décimas y romances. Sus lirás y versos de arte mayor no son tan frescos y espontáneos. Sus sonetos, generalmente amorosos, están bien trabajados, pero no salen de lo corriente ni por el contenido ni por la forma. Esta pasmosa facilidad le lleva a cierto desaliño en los versos que ella no deja de reconocer:

Pasen por descuidos míos
pues jamás pensé ponerlos
al examen de los doctos
y a la censura del pueblo; . . .
mas pues vos los pedís, juzgo
que no es, el daroslos yerro;
. . . lo que pecho en lo que exhibo
subsano, en lo que obedezco.

Su entendimiento agudo y conceptista por naturaleza le lleva a abusar a veces del retruécano. Sólo en los dos cuartetos de uno de los sonetos encontramos ocho seguidos:

Al que ingrato me deja busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata,
maltrato a quien mi amor busca constante;
al que trato de amor hallo diamante;
y soy diamante, al que de amor me trata;
triumfante quiero ver al que me mata;
y mato a quien me quiere ver triunfante.

III.—*La Décima Musa*

Y esto nos lleva como de la mano a hablar de los temas de sus poesías. La producción poética de Sor Juana podría reducirse a dos tópicos: el amor humano y el amor divino. Ambos son, a no dudarlo, poesía vivida. Respecto al primero baste saber, según el testimonio de los contemporáneos, que fué mujer hermosísima, y si a esto se juntan sus dotes de carácter y de trato, sus cualidades intelectuales y su chispeante ingenio, es difícil que dejase de amar y de ser amada. En sus poesías no es verosímil el fingimiento; en sus afectos del amor, todo o casi todo es espontáneo y salido del alma; por eso ha sabido darle la forma más apropiada. Su vida toda es también vehemente y apasionada y sus poesías eróticas, reflejo de ésta, nos pintan tan al natural la dicha, la melancolía de la ausencia, los celos, que podría decirse, sin temor de equivocarse, que estos sentimientos son de lo mejor que ha producido la poesía amorosa de aquellos tiempos. Véase por ejemplo este soneto:

Detente, sombra: de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.
Si al imán de tus gracias atractivo
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero,
si has de burlarme luego fugitivo?
Mas blasonar no puedes satisfecho
de que triunfa de mí tu tiranía;
que aunque dejas burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho,
si te labra prisión mi fantasía.

Amor verdadero es sin duda aquel en que pregunta al amado ausente:

¿Cuándo veré tus ojos dulce encanto
y de los míos quitarás el llanto?
¿Cuándo tu voz sonora
herirá mis oídos, delicada,
y el alma que te adora,
de inundación de gozos anegada,
a recibirte con amable prisa,
saldrá a los ojos desatada en risa?
¿Cuándo tu luz hermosa
revestirá de gloria mis sentidos?
y, cuándo, yo, dichosa,
mis suspiros daré por bien perdidos,
teniendo en poco el precio de mi llanto?
¡Que tanto ha de penar quien goza tanto!

También hay amor verdadero y no fingido en aquellas estancias en que ella da satisfacción cumplida a los celos del amado diciéndole:

Si otros ojos he visto,
mátenme, Favio, tus airados ojos;
si a otro cariño asisto,
asístanme, implacables, tus enojos;
y si otro amor del tuyo me divierte,
tú, que has sido mi vida, me das muerte.
Si a otro, alegre, he mirado,
nunca alegre me mires, ni te vea;
si le hablé con agrado,
eterno desagrado en tí posea;
y si otro amor inquieta mi sentido,
sáquesme el alma tú, que mi alma has sido!

Amor apasionado y hondo, sentido por Inés, refleja aquel soneto, probablemente de este mismo tiempo:

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses, deseaba;
y Amor, que mis intentos ayudaba;
venció lo que imposible parecía,
pues entre el llanto que el dolor vertía,
el corazón, deshecho, destilaba...
Baste ya de rigores, mi bien, baste;
no te atormenten más, celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste
con sombras necias, con indicios vanos,
¡pues ya en líquido humor, viste y tocaste
mi corazón, deshecho entre tus manos!

D. Ezequiel Chávez, en su Ensayo de psicología de Sor Juana Inés de la Cruz, discurre de esta manera: "Hasta dónde llegó este amor? Qué carácter tuvo? Sin que nadie pueda, con lo que de Juana Inés sabemos, asegurar de un modo pleno, asertivamente nada, tengo, con certidumbre, para mí, que su amor fue en ella todo puramente cosa del espíritu; que eso es lo que ella, con razón, llamaba amor, y no la exaltación de los sentidos; y dígame que aquel en que ella puso el alma, no la amó, sino que tuvo sólo por su belleza una sensual inclinación, que él disfrazaba y profanaba, como ocurrir suele, con el nombre de amor; hablaban así ella y él dos lenguas distintas, aunque se sirviesen ambos de iguales voces, y, por lo mismo, no podían entenderse; por tal modo que cuando, como tuvo que suceder, bajó él al cabo, la pendiente de su deseo, y pretendió arrastrarla, —que así ha de haber pasado— sintió ella que la venda se le rodaba, de súbito, de los ojos, y horrorizada, se detuvo. (Ezequiel A. Chávez, Ensayo de psicología de Sor Juana Inés de la Cruz, p. 47. Barcelona, 1931).

El desengaño cruelmente sentido y el movimiento de ira que el vil atrevimiento le inspiró, expresáronse entonces, con honda y fuerte pasión, de volcánico impulso:

Cuando mi error y tu vileza veo,
contemplo, Silvio, de mi amor errado,
cuán grave es la malicia del pecado,
cuán violenta la fuerza de un deseo.
A mi misma memoria apenas creo
que pudiese caber en mi cuidado
la última línea de lo desgraciado;
el término final de un mal empleo.
Yo bien quisiera, cuando llego a verte,
viendo mi infame amor, poder negarlo;
mas luego la razón, justa, me advierte
que sólo se remedia en publicarlo;
porque del gran delito de quererte,
sólo es bastante culpa confesarlo.

Soneto como éste en que ella habla de su *infame amor*, demuestra, por su final mismo que su amor no fue infame; que si fuera infame lo habría ocultado; demuestra también que de su parte no fue amor sensual; si amor sensual hubiera sido, no lo hubiera tampoco publicado; pero sí lo sería el de él; y los dos inconciliables puntos de vista, el de él y el de ella provocarían la ruptura.

Cuando ella se dió cuenta de que así era, escribió en un movimiento de repulsión y de enojo este otro soneto:

Silvio, yo te aborrezco, y aun condeno
el que estás de esta suerte en mi sentido;
que infama al hierro, el escorpión herido,
y a quien lo huella, mancha, inmundo el cieno.
Eres como el mortífero veneno
que daña a quien lo vierte, inadvertido,
y en fin, eres tan malo y fermentado,
que aun para aborrecido no eres bueno.

Tu aspecto vil a mi memoria ofrezco,
aunque mi susto me lo contradice,
por darme yo la pena que merezco;
pues cuando considero lo que hice,
no sólo a tí, corrida, te aborrezco,
pero a mí, por el tiempo que te quise.

Asco es lo que este soneto expresa, por el que ese asco supo causar, y semejante asco no puede producirse sino en un alma pura y casta, limpia y blanca, que, apenas sabiendo lo que hace tiene por un hombre, alguna complacencia, sin imaginarse que al tenerla, haga nada impuro, y que retrocede corrida, avergonzada, cuando villanamente burlar su inocencia y su cándida confianza, vil y cobarde ese hombre, pretende mancharla. (Ezequiel A. Chávez, Op. cit. pág. 48).

Los empeños de una casa son también la mejor prueba de que el amor mundano de Juana Inés fue verdadero amor; no un instinto disfrazado con máscara de amor.

Bastará leer algunas de estas poesías, escritas probablemente antes de entrar religiosa en su vida cortesana, para convencerse de la verdad de una frase de Menéndez y Pelayo: "Los versos de amor profano de Sor Juana son de los más suaves y delicados que han salido de pluma de mujer". (Menéndez Pelayo, op. cit. p. LXXI).

Del amor mundano pasó al amor divino y eso mismo reflejan sus versos. Ella misma nos lo dice con toda espontaneidad en un romance en que expresa los afectos del amor divino que le lleva a protestar de querer morir amante a trueque de cualquier riesgo:

Yo me acuerdo (oh nunca fuera!)
que he querido en otro tiempo
lo que pasó de locura,
y lo que excedió de extremo.
Mas como era amor bastardo,
y de contrarios compuesto,
fue fácil desvanecerse,
de achaque de su ser mesmo.
Mas ahora (ay de mí) está
tan en su natural centro,
que la virtud y razón
son quien aviva su incendio.

Pero en lo que llega a emular a la Monja del Carmelo y a su discípulo San Juan de la Cruz, es en los cánticos espirituales que inserta en el Divino Narciso. En ellos se pueden ver reminiscencias manifiestas de estos grandes místicos de la literatura española en la traducción en verso, casi literal, que hace de muchos pasajes de la Sagrada Escritura, sobre todo en las alusiones y glosas del Cantar de los cantares y de muchos de los profetas. El parecido con ellos y con Fray Luis de León en algunas estrofas es claro, y el mismo metro y cadencia de toda la composición sugieren siempre a estos grandes maestros. La traducción de Fray Luis de León del Cantar de los Cantares que hace poco se dió a conocer al público, tiene mucho de parecido con el pasaje del Divino Narciso, que nos habla del mismo idilio bíblico.

Estamos terminando y no hemos dicho nada de los preciosos villancicos de Sor Juana Inés que fueron cantados y representados en México, Puebla, Antequera, Oaxaca y en otras principales iglesias de la Nueva España. En ellos participaba todo el pueblo: el letrado y el sin letras, el de pura sangre española, el portugués y el indio, el negro, el mulato y el zambo.

Su inspiración es variada. Los hay en honor de San Pedro apóstol, en honor de la Virgen, en honor de San Pedro Nolasco, en honor de San José, del Nacimiento de Jesucristo, etc., etc. En todos ellos rebosa galanura, donaire y gracia, a la vez que animación, alegría y viva espontaneidad.

Sirva de ejemplo este pasaje del villancico de los maitines de San José:

Quién oyó? Quién oyó? Quién miró?
Quién oyó lo que yo?
Que el hombre domine y obedezca Dios?
Quién oyó?
Quién oyó lo que yo?
—Yo lo ví en Moisés,
cuando revocó
la sentencia, porque
Moisés lo pidió.
—No, no, no, no no!
que es lo que yo digo
prodigio mayor:
que allí, de piadoso,
concedió perdón;
pero aquí, obediente,
mostró sujeción;
—Yo lo ví en Josué,
cuando el sol paró
que, a la voz del hombre,
Dios obedeció!
—No, no, no no, no;
que es lo que yo digo
merced superior;
que allí paró sólo
el material sol,
y aquí, el de justicia
su luz sujetó.
—Yo le ví en la lucha
que tuvo Jacob:
donde Dios vencido,
él fue vencedor.
—No, no, no, no, no;
que en la que yo digo
hubo más valor,
pues Jacob herido
de la lid salió,
y éste, sin la lid
consiguió el blasón.

—Yo lo ví en Elías,
 cuando descendió
 a su voz, del Cielo
 fuego abrasador
 —No, no, no, no, no;
 que es él que yo digo
 más divino ardor:
 que allí bajó sólo
 fuego de furor,
 y aquí bajó fuego
 del Divino amor...
 Por qué calla Josef?
 sin verse en la lectura
 de la sagrada historia,
 ni una palabra sola
 que él pronuncia?

Estribillo:

Así todos entiendan que Josef calla
 porque el Verbo Divino es su palabra.

La obra completa de Sor Juana Inés de la Cruz, aunque adolece generalmente de los defectos predominantes en su época, culteranismo y conceptismo, presenta un conjunto abundante, bello y extraño en sus tres tomos que comprenden: piezas teatrales, entre las que se destacan "Amor es más libertino" y "Los empeños de una casa", imitación de las comedias de capa y espada de Calderón, los autos sacramentales, algunos tan bellos como "El Divino Narciso", "El mártir del Sacramento", "San Hermenegildo" y "El cetro de Joseph", y las poesías líricas, sagradas, profanas y festivas que son las que principalmente hemos analizado en este artículo al estudiar a Sor Juana como poeta.

Aunque su fama, después de los primeros triunfos, fue decreciendo, por los defectos indicados, en las generaciones posteriores; ya en el siglo pasado volvió a recuperar el puesto que con toda justicia le corresponde, de uno de los ingenios más sobresalientes que han producido las tierras americanas.

Alfonso Ma. LANDARECH, S. J.

San Salvador, 26 de setiembre de 1951.

Obras Consultadas:

Inundación castálida de la única poetisa, musa décima, Sor Juana Inés de la Cruz, religiosa profesa en el monasterio de San Jerónimo de la imperial ciudad de México; que en varios metros, idiomas y estilos fertiliza varios assumptos, con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos, útiles versos para enseñanza, recreo y admiración. Madrid, por Juan García Infanzón, Año de 1689, t. I; 1693 t. II.

Fama y obras póstumas del Fénix de Méjico...., Madrid 1700.

Sor Juana Inés de la Cruz. Poesías líricas. Editorial Porrúa, S. A., México, 1944.

Sor Juana Inés de la Cruz. Poesías completas. Recopilación y prólogo de Ermilo Abreu y Gómez. Segunda Edición. Ediciones Botas, México, 1948.

Menéndez y Pelayo. Antología de poetas hispanoamericanos, t. I, México y América Central. Madrid, 1927.

Ezequiel A. Chávez. Ensayo de psicología de Sor Juana Inés de la Cruz. Barcelona, 1931.

Ángel Valbuena Prat. Historia de la Literatura Española. Editorial Gustavo Gili, S. A. Barcelona, 1946, T. I, pgs. 1057-1061.